

Doy a usted, en mi nombre y en el del Claustro, las más expresivas gracias por este valioso obsequio que se conservará con sumo esmero, tanto por su valor intrínseco, como por ser dádiva de uno de los mejores hijos del Colegio y actualmente uno de sus consiliarios.

Acepte usted los sentimientos de alta consideración con que me suscribo de usted seguro servidor y afectísimo amigo,

R. M. CARRASQUILLA

OBRAS DE LA JUVENTUD

La juventud, dice el poeta, es la primavera de la vida; es la edad de los encantos y en que todo lo vemos de color de rosa, todo lo contemplamos y todo nos anima: el mundo brilla para nosotros con la luz vivificante de la hermosura. Nada deja de mostrársenos bajo las caricias de una ilusión y nada creemos imposible. El joven parece que reanima cuanto le rodea; en toda la creación encuentra motivos de dulzura y esperanza y las impresiones que recibe llegan a su corazón y en él encuentran forma que les da entidad, y vida, que les da existencia.

Cuenta además con elementos poderosos: amparado está por notables fuerzas físicas, su inteligencia es brillante, su espíritu claro y ardoroso; en su imaginación anida un mundo de fantasías y en su corazón un rayo abrasador de vida. Tesoros tiene, inagotables, para sostener y acrecentar cada uno de estos elementos: para su cuerpo el trabajo y el sustento; para su inteligencia el caudal de verdad y de sabiduría que otras generaciones supieron cultivar y que guardan las presentes como legados inmortales, legados que son para su espíritu alimento bienhechor; el mundo de su imaginación

tiene espacios tan amplios como el de su inteligencia; y sediento de bien su corazón traspasa los límites de lo visible para buscar la inmensidad de lo absoluto.

Ahora bien, tendamos una mirada sobre nosotros mismos y comparemos lo que debiéramos ser con lo que somos: animados por los bríos del espíritu y las energías del cuerpo y engañada nuestra inteligencia por la fantasía, despreciamos los verdaderos y nobles ideales por correr en pos de lo frágil y lo pasajero. Mas, qué importa todo esto cuando hay en nosotros un espíritu ardiente y robustecido para el bien; cuando la inteligencia no se arredra ante el error sino que lucha contra él y le rinde homenaje a la verdad? Por eso nuestros juicios y discursos aunque no se imponen con la fuerza de la autoridad, no por eso podrán ser despreciados, si amparados bajo los auspicios de la verdad se acogen al juicio frío dictado por la razón.

Pero no es esto sólo; se debe medir la juventud por su importancia en el resto de la vida, ya habite el hombre en la tranquilidad de su alquería, o se exhiba en las luchas de la vida pública, orfebre cincelador de ideas luce armado con ellas en los campos de la prensa, o arranque a la naturaleza sus secretos en el silencio del laboratorio, de él se exhalará siempre un efluvio de aquel ambiente que aspiró en su juventud.

Las facultades propias de la naturaleza racional, nacidas durante la niñez, se desarrollan a través de la juventud; entonces el hombre, como planta delicada que necesita de oportuno y cuidadoso cultivo para desarrollarse y producir hermosos frutos, ha menester para su voluntad la educación, la ciencia y la verdad para su inteligencia. La educación va como cristalizando su espíritu, haciéndole tomar una forma que dará a todos sus actos entidad y propia vida; bálsamo con que perfumará después la senda de la vida, poderoso elemento

con que puede contar para granjearse el aprecio y la voluntad de las sociedades, medios con los cuales debe ir después a librar la lucha que le prepara el porvenir. La ciencia y la verdad principalmente entonces alimentarán su alma; con ellas, el maestro como hábil artífice modela la delicada orfebrería de la inteligencia que brillará a través de la vida como encarnación vivificada de sus propios ideales.

Por el delicado conjunto de caracteres que presenta, por los marcados tintes físicos y morales que la coloran, es notable la juventud; no es ya la debilidad del niño, que si sueña esperanzas e ilusiones, ellas se volatilizan a causa de su ligereza y vaguedad; no es tampoco el alma del anciano que vive de recuerdos y experiencia, pero a quien ya no reanima la esperanza. El joven junta con el presente el pasado y el futuro; no tiene demasiado lejos los recuerdos, y si forja esperanzas y sueña ilusiones, es porque espera realizarlas en un tiempo que toca con las manos, sin temor de que le sorprenda el ocaso de la vida. Siente en sí palpitante toda la vida y, como flor precursora del fruto, lleva en sí latente el porvenir. Por eso sus obras por pequeñas y vanas que parezcan, por insignificantes que ellas sean, llevan en sí el sello con que habrá de caracterizar más o menos poderosamente el resto de las obras de la vida.

Dedúcese de aquí cuán grande y noble es la misión del joven: ennoblecido con los tesoros de ciencia y los ejemplos de virtud que le han legado los siglos pasados, y grande por la importancia que con ellos puede alcanzar, está llamado a ponerlos al servicio de sus facultades para ennoblecirlas, y a reducir esos caudales a formas prácticas y racionales que sean simientes fecundas de cultura para el individuo, la sociedad y la patria.

Demasiado efímera la existencia del hombre, su misión sobre la tierra termina con la muerte; entonces, así como las hojas secas de los árboles van siendo reemplazadas por otras más frescas y lozanas, los hombres, que al peso de la edad se desploman en la tumba para dormir el sueño eterno, son sustituidos por los que prosiguen con risueñas esperanzas el camino de la vida. Pero cómo ha de desempeñar la juventud tan delicada misión? Si su voluntad está descarriada, si no lleva en su inteligencia la luz que le dirija por la misma senda, su papel será muy triste; pero si su voluntad perfeccionada y fuerte es reflejo de aquellos que le precedieron, si su inteligencia brilla adornada con la misma ciencia, poco le costará seguirlos también en su deber. La sociedad y la patria nos esperan para que vayamos a resolver los difíciles problemas que tienen planteados acerca de sus propios destinos, y la religión, como madre cariñosa, nos abre los brazos dispuesta a guiarnos por la senda escabrosa de la vida. La sociedad atónita gime amenazada por sistemas que intentan reformarla, destruyendo los vínculos que la han constituido en tantos siglos; la patria nos presenta su pendón desgarrado y sus glorias ajadas, mientras nos muestra los inagotables tesoros escondidos en su suelo fecundo y en toda su naturaleza privilegiada, ofreciéndonos por corona de nuestros esfuerzos la importancia, la gloria y la inmortalidad, que un pueblo laborioso, fuerte y cristiano debe ostentar sobre su frente; pensemos un momento en los que la dieron existencia, ellos soñaron patria grande, y por ella derramaron su sangre.

No desfallezcamos ni dejemos un instante de caminar con tino y resolución hacia esa meta, y antes que el sol, que para nosotros ha levantado ya su vuelo,

llegue al zenit a señalarnos la mitad de la jornada, procuremos haber empezado ya la lucha.

Pero antes sí, sepamos ataviarnos de todo aquello que puede ennoblecer nuestro sér y nuestras acciones, sepamos ligar la ciencia con la fe que nunca estarán reñidas, porque lo absoluto que es lo supremo de la verdad y de la ciencia, se imponen al entendimiento; y lo absoluto, la verdad y el bien se funden en lo eterno que es Dios mismo. «Las ciencias son ríos que nos llevan al mar insondable de la divinidad» (José de la Luz Caballero), y la religión, ciencia suprema, que nos lleva a Dios, la única perfecta y verdadera que es la que Cristo vino a traernos a la tierra, será el amparo, la fortaleza de bases profundas y muros altísimos que protegerán los más sagrados derechos de la humanidad.

Así será como mañana, hábiles arquitectos podremos levantar el edificio de la patria sobre las bases, de todo lo imperecedero: la verdad y el bien. Oigamos por último a Saint Foix: «En vuestras manos están los destinos de las naciones y los gérmenes del porvenir, a donde vayáis vosotros os seguirá la justicia de Dios, los sucesos seguirán la pendiente que les tracéis vosotros. ¡Gloria a Dios si sois buenos, ay del mundo si sois malos! Si sembráis la iniquidad recogeréis la humillación, si sembráis la justicia será opima su cosecha.»

MARGO FIDEL SANCHEZ

Alumno convictor